

dréis las dos ciencias de Adán y de Cristo, de la primera y de la segunda vida, por una prueba completa, y este doble aspecto de vuestro corazón será la revelación total de dos verdades que reasumen el cristianismo y que le han asegurado el imperio del mundo. Hasta la edad postrera todo irá así. Hasta la edad postrera todo será la lucha del bien y del mal: del bien, tomando su origen en el Calvario en la muerte de Dios; del mal, tomando su origen en Adán por una participación primera. Entre estos dos extremos, no habrá más que una sabiduría estéril y esfuerzos impotentes. ¡Oh! vosotros todos, hijos de este siglo atormentado y que buscáis causas para su salvación, no os equivoqueis: no hay salvación sino en Jesucristo muerto por nosotros; sino en su cruz, de donde nos hablan con igual elocuencia la justicia y el amor de Dios; sino en la virtud de la abnegación, que fluye como un bálsamo de este árbol de vida, y cura interiormente las dos heridas de nuestra alma, el orgullo y el deleite. Fuera de aquí, no haréis nada, no podréis nada para salvar esta generación, y si lo intentáis, llegará un día en que, como el conde de Strafford, abandonado á sus enemigos por el rey, cuyo ministro y confidente había sido, repetiréis melancólicamente estas palabras de David: *No os confieis en los principes, en los hijos de los hombres en quienes no hay salvación* (1). Elevad más alto vuestras miradas, y más lejos vuestras esperanzas; morid con Dios para vivir con él. Enseñad á todos con vuestras obras la aceptación voluntaria del sufrimiento, la resignación, la dulzura, la humildad, la pobreza, la castidad, el servicio de los humildes y de los pequeños; todo esto ha descendido de la cruz del Hijo de Dios, y esto solo salva el mundo.

Vosotros oiréis, señores, y soportaréis con valor esa voz terrible y consoladora que cae del Calvario; ella no os disgustará de las enseñanzas de esta cátedra á la que os habeis mostrado siempre tan fieles, donde os convoco para otro año con la misma certidumbre que en otro tiempo. Un año es un siglo; pero Dios no cuenta los siglos, y el hombre que cree en él no los cuenta tampoco.

(1) Salmo 145, vers. 3.

SERMON SEXAGÉSIMO SÉPTIMO.

Realidad del gobierno divino.

Después de haber tratado de la caída y de la reparación del hombre, de su caída por la culpa del primer hombre, de su reparación por la muerte voluntaria y expiatoria del hijo de Dios, hecho hombre, el orden de materias exigiria, al parecer, que tratásemos de la formación y de la naturaleza del hombre Dios. Pero al abordar este asunto que debe coronar nuestra enseñanza dogmática, nos vemos paralizados por una cuestión capital que nos dirige con frecuencia la incredulidad. Esta nos dice: « Si es cierto que la voluntad de Dios ha sido rehabilitar al género humano, es muy singular que lo haya realizado tan tarde. La fecha misma de la venida de Cristo sirve para juzgar su obra, é imponerle el sello de la humanidad. Si Dios hubiera querido salvar al mundo, lo hubiera salvado en los primeros días; no hubiera permitido que tantas edades y naciones se extraviaran por sendas inciertas, y se perdieran al acaso en los abismos de una eterna condenación. El Calvario hubiera sido contemporáneo del Paraíso terrenal, Adán hubiera visto con sus ojos al libertador suyo y al de su raza, y él hubiera bebido la sangre divina que debía beber á grandes tragos su posteridad. Ahora bien, los cristianos mismos confiesan que no ha sido así, y nosotros no tenemos necesidad contra ellos más que de una fecha que ellos confiesan. Cristo, dicen, Cristo ha nacido diez y ocho siglos hace; esto basta, no necesitamos más. Nosotros les damos la respuesta de aquel salvaje que preguntaba á un misionero si su padre podia haberse salvado sin conocer el Evangelio, y que, habiendo oido que no, le dijo con el resentimiento de la piedad filial: « Mas quiero estar con mi padre, que con el Dios que no ha salvado á mi padre. »

Yo podria, señores, resolver de una vez esta dificultad, reduciéndola á sus términos propios; pero prefiero darle más extensión, á fin de abrir más ancho campo á mi respuesta, y de entrar en la exposición general de los designios de Dios en lo concerniente á nuestra salvación. Yo quiero, pues, con respecto á la época en que el hijo

de Dios ha aparecido entre nosotros, tratar de la economía providencial de la reparacion, lo cual encierra una serie de verdades del orden mas elevado, que no hemos tocado hasta el presente. Yo las resumo en las cuestiones siguientes: ¿Existe un gobierno divino? ¿Cuáles son las leyes fundamentales del gobierno divino? ¿Cuáles son los resultados históricos ó presumibles del gobierno divino?

Ante todo es menester que sepamos que cosa es un gobierno. Gobernar, es dirigir seres libres hácia su fin. Digo, seres libres, porque los seres que no lo son, estando sujetos á una ley irresistible y fatal, no necesitan ser gobernados. Ellos obran el segundo día como el primero, el tercero como el segundo, y la eternidad los vuelve á encontrar, sin que les cueste nada, en el punto mismo de su principio. No toqueis á tal mecánica; no os ocupeis de ella; Dios le ha comunicado un impulso que le basta, y no se parará hasta que su soberano dé una orden que no ha de hallar mas obstáculos que los que halló su movimiento. Tal es la naturaleza, y por eso, si la consideramos fuera de sus relaciones con la humanidad, no necesita ser gobernada; ella sola marcha, bajo el pesado yugo de las leyes matemáticas, que son su regla inmutable y su eterno freno. Donde se encuentran las matemáticas, el gobierno no tiene lugar; esta es la razon porque las inteligencias acostumbradas á este género de especulacion son generalmente muy pobres gobernadores de hombres, porque ignoran las cosas que resisten, y que la libertad, escapa por su esencia á todos sus cálculos. El gobierno nace de la libertad; el gobierno es la direccion de seres libres hácia su fin.

¿Pero porqué, me preguntaréis, deben los seres libres ser dirigidos á su fin? Deben serlo, porque pueden extraviarse, y porque, si hay una bondad que vela por su suerte, su propension natural es prestarles una asistencia que depende de los diversos modos, por los cuales están expuestos á perderse. Ahora bien, estos modos son numerosos.

Vos sois viagero. Vos seguíais un camino ancho y despejado; pero poco á poco el día cae, la oscuridad llega, el camino se pierde en senderos inciertos, y ya no sabeis donde dirigir vuestros pasos sin extraviaros. Un hombre se presenta y os dice: ¿Dónde vais? Este es vuestro camino. Este hombre es un gobierno.

O bien vuestro camino os es conocido, pero estáis cansado, no tenéis pan ni abrigo, y ya el silencio de la tarde os presagia el abandono de una noche cruel. Un hombre viene y os dice: ¿Qué hacéis

ahí? Venid á mi hogar, y en él pasaréis la noche. Este hombre es un gobierno.

O quizá estais lleno de valor y conocéis bien vuestro camino, pero encontráis en medio del día un enemigo mas fuerte que vos. Mientras resistís ó retrocedéis, un hombre acude y os dice: Adelante, rechazamos á ese miserable. Este hombre es un gobierno.

Hay, pues, tres actos de gobierno: ilustrar, sostener, combatir: ilustrar á los ignorantes, sostener á los débiles, y rechazar á los enemigos. Pero para ilustrar á los que por ignorancia se apartan de su fin, es preciso que uno mismo lo conozca, y por consiguiente que posea la ciencia del destino.

Pues bien, la ciencia es obra de las inteligencias; á estas solas pertenece. Y así el gobierno no es posible sino para una inteligencia, y una inteligencia superior, puesto que debe dirigir las otras, revelándoles el misterio de que depende su fortuna. Además, sea para sostener á los débiles, sea para vencer los obstáculos que los fuertes pueden encontrar, es necesario poseer una potencia preponderante, sin la que, queriendo defender á los otros, solo se lograria reunir su propia ruína con la de ellos. El gobierno es pues un poder que domina otro poder, y apénas se presenta uno que lo sobrepuja, desde aquel instante cesa de ser gobierno.

¿Pero de dónde proviene que una inteligencia y un poder superiores hayan de consagrarse al servicio de otro? En general, no puede ser mas que por un sentimiento de bondad, es decir, de amor gratuito. Porque no se vé que la justicia propiamente dicha exija en todas ocasiones que el fuerte proteja al débil y el sabio ilustre al ignorante. Entra, pues, en la idea del gobierno, como causa ó móvil de su accion, un elemento de amor, y de amor superior, puesto que este amor abraza innumerables multitudes sobre las cuales debe esparcirse la claridad y manifestarse la proteccion incesantemente. En una palabra, señores, el gobierno es una inteligencia, un poder, y un amor superiores, que dirigen seres libres hácia su fin, comunicándoles la luz y la fuerza que les es necesaria para alcanzarlo. Esta definicion podrá comprender á mas de un gobernante y un gobernado; pero así es.

Por otra parte, una definicion no es por sí misma una realidad, y despues de haber oido esta nocion ideal del gobierno, tal vez me preguntaréis: ¿existe el gobierno? ¿Es alguna cosa mas positiva que un sueño ó un engendro de nuestra imaginacion? ¿Hay algo en los sucesos de este mundo que revele la existencia de un gobierno

cualquiera, y nos incline á creer que encima de nosotros hay un gobierno universal, supremo, verdaderamente divino? Señores, contempláos. Yo no digo: contempláos en vuestra union con el cielo y la tierra, sino contempláos solos, separados del mundo entero, y sin atender mas que á vosotros mismos. ¿Sabeis bien lo que sois? Vosotros sois un gobierno. Porque vosotros sois un ser libre compuesto de dos partes, de una parte oscura y débil, que es vuestro cuerpo, y de una parte luminosa y potente, que es vuestro espíritu; y la parte superior alumbra, dirige, protege sin cesar á la parte inferior con un amor inextinguible. Yo sé que hay miserables humanos que no se gobiernan; yo sé que así como hay reyes que han abdicado, hay tambien simples mortales que han abdicado la direccion de su propia personalidad; almas vendidas á sus cuerpo, no sabiendo y no atreviéndose á darle una orden, este signo de la posesion de sí mismo, por donde se revela en nosotros la virilidad. Pero esta degradacion de unos pocos no prueba nada contra la naturaleza de todos; el hombre esclavo no despoja al hombre libre de su soberanía, y él mismo, en la servidumbre, conserva todavía los títulos de su gloria nativa y el poder de recobrarla cuando le plazca.

El hombre es un gobierno. Yo digo el hombre solo consigo mismo; ¿qué será si lo consideramos en el momento en que sale de sí mismo para propagarse en las ramas de una raza? ¡Vedlo hecho padre! es decir, que reina en almas bajadas del cielo en completa ignorancia de todo, á las cuales les debe revelar todo, hasta su nacimiento, y cuya vida es una expansion continua de la suya. Será preciso que él les abra los ojos, que adiestre sus oidos, que transforme su respiracion en sus labios, y haga con ella palabras que expresen sus pensamientos; que dé soltura á sus miembros, prepare su belleza, trabaje en el misterio de su conciencia y vierta en ella con el bien la alegría de cumplirlo. Será preciso que les deje un nombre, un patrimonio, una posicion estable en este mundo que no hace mas que cambiar, que los conduzca en fin desde todas las impotencias de su cuna á la libertad de una juventud pura y capaz de contenerse. ¿Qué es una familia sino el mas admirable de los gobiernos? Ninguno de nosotros se libra de esta santa tutela; ninguno de nosotros puede decirse á sí mismo que se ha formado por sí solo, y nuestras virtudes, si es que las tenemos, no son mas que el eco prolongado del alma de nuestros padres. Nosotros repetimos su vida en la nuestra, y añadiendo á ella nuestros propios méritos, no hacemos mas que relevar su gloria y coronar su obra.

¿Pero al menos, cuando la edad lo emancipa del gobierno doméstico, se verá el hombre igualmente emancipado de todo otro gobierno? ¿No tendrá que responder de sí á nadie mas que á sí propio? ¿Se servirá él á sí mismo de ley, poder y luz? No es así, señores, y todo nuestro afan de emancipacion en los dias mas desenfrenados de la juventud, no logra mas que hacernos esclavos de nuestros vicios sin romper el hilo mas delgado de los lazos tejidos al rededor nuestro. Desde que el hombre pone el pié en el umbral de su casa encuentra la ciudad, ó si quereis, el municipio, es decir la asociacion de cierto número de familias reunidas en un mismo territorio y bajo un gobierno mas extenso que el gobierno paternal. En la familia, el hombre no estaba sujeto mas que al amor de sus padres; él era ilustrado, protegido y guiado por la mas dulce de todas las autoridades del mundo; pero al entrar en la ciudad, una mirada menos próxima y menos indulgente cae sobre él. La severidad se aumenta con la fuerza, y los deberes crecen á medida que se aumenta la proteccion. Ya no es el padre ni la madre quien instruye, corrige y salva: son conciudadanos á quienes ha investido de este ejercicio su edad ó sus servicios. Ellos gobiernan los intereses comunes en nombre de la confianza de todos, y la necesidad, que ha producido su magistratura, es sostenida por la opinion pública que ha escogido sus personas.

El municipio, sin embargo, no es mas que el elemento reducido de un poder mucho mas vasto del mismo modo que la familia no subsistiría sin el municipio que la contiene y protege, el municipio no tendría por su parte elementos de duracion si no estuviera incrustado en un gobierno mas general y mas fuerte. El instinto de la seguridad se lo enseñó muy pronto al hombre. No se contentó este con rodear de muros los campos y las casas para defender con la ciudad el primer elemento de su vida, sino que extendió la diestra, y tomando á distancia posesion del espacio, se formó con rios y montes barreras que sus virtudes hicieron sagradas. Allí puso su nombre con una bandera, y tranquilo y confiado en su valor detras de esta lejana circunvalacion, fué un pueblo, y comenzó la historia. Pero ni fronteras profundas ni combates victoriosos bastan para la existencia de un pueblo; necesita una inteligencia única y universal, que llene con su accion todas las partes del territorio comun, que arregle y mantenga todos los derechos, prevea las necesidades y sea como el alma en que respira la voluntad y el pensamiento de todos. Un pueblo que pierde su gobierno, se pierde él mismo, á

menos que por medio de un esfuerzo inmediato no saque de entre sus ruínas un hombre ó un cuerpo que le restituya la inteligencia y el poder con la unidad. Porque la inteligencia y el poder, como ya lo hemos dicho, son las condiciones esenciales del gobierno, y cualquiera que sea su forma, monarquía, aristocracia, democracia, siempre, señores, la inteligencia dirige, el poder protege, sin que sea posible evitar este derecho natural de la superioridad. Si por casualidad os hubierais lisonjeado con poseer un estado en que, por amor á una igualdad perfecta, el gobierno perteneciera á inteligencias ínfimas y á brazos sin fuerza; desengañáos de tal fantasía, despertad de semejante sueño. Atenas fué la mas popular de las repúblicas; Atenas, sin embargo, contaba entre sus instituciones el arcópagó y el senado. Y aunque tuviera la asamblea del pueblo un poder que lo dominase todo, la tribuna de las arengas se elevaba mas alta todavía. Ella no soportaba la ambición sin habilidad; ella desdénaba á Demóstenes aún demasiado nuevo en la elocuencia, y suscitaba con sus ímpetus soberanos los grandes hombres que han hecho inmortal el nombre mismo de Grecia, Milciades, Cimón, Temístocles, Aristides, Focion, Pericles y tantos otros que sería prolijo enumerar. Es cierto que el pueblo ateniense se negaba á menudo á obedecer á la gloria de sus héroes, buscando en el ostracismo la satisfaccion de sus celos. Pero al dia siguiente de desterrar la elocuencia ó el valor, los aplaudía en la tribuna, y la Grecia, dócil á los caprichos de sus hijos, les daba otros Milciades y otros Temístocles con una fecundidad mas inagotable que la proseripeion.

En todos los grados, pues, de la existencia, en la familia, en la ciudad, en el estado, es gobernado el hombre. En ninguna parte, ni aun en el fondo de los bosques, no vive sin una inteligencia que lo guie y un poder que lo proteja. Espectáculo tanto mas notable cuanto que nosotros no amamos el poder, viéndonos impelidos á humillarlo por un lado entero de nuestro genio. Pero todo es inútil. Si nos causa miedo el nombre de rey, nos daremos un arconte; si el nombre de arconte nos parece aun demasiado fuerte, elegiremos un cónsul; si nos ofende el nombre de cónsul, pondremos á nuestra cabeza un presidente; en fin, si todo título y todo reino nos importunan, tomaremos para un dia un niño entre la multitud y le diremos: ¡Sé el hombre de hoy!

Quizá me diréis que por último la humanidad no está gobernada, sino que reducida á fragmentos que se chocan y despedazan, solo ofrece á la vista un conjunto informe, en que no se discierne ni

plan, ni unidad, ni progreso, nada que revele un cuerpo que avanza bajo la direccion de una mano ilustrada y poderosa hácia un fin conocido. Olas rotas por olas, pueblos que se suceden en los mismos lugares con vicisitudes semejantes, y su nombre por herencia no nos enseñan mas que nuestra comun fragilidad. Esta es la apariencia, señores, pero no el estado verdadero. La humanidad no tiene gobiernó visible y conocido para las cosas del orden temporal, y esto por un designio expreso de Dios, que no ha querido colocar en una mano sola todos los derechos y todos los intereses del mundo, sino dividir la direccion para mantener su armonía por medio de la lucha y la libertad. Además, el orden temporal no contiene el fin ulterior del hombre; no es mas que su preparacion, y convenia que no fuese dado al género humano un gobierno general mas que en lo concerniente á su bien universal y postrero. ¿Negaréis vosotros que este gobierno existe? ¿Negaréis que hay en el mundo, respecto de nuestro fin religioso y supremo, una inteligencia, un poder, un amor, que nos gobierna universal y solidariamente? Pero yo no necesito interpelaros de esta manera; vosotros habeis nombrado ya esta autoridad única que extiende su providencia mas allá de todas las funciones creadas por la suerte de las armas y la justicia de los pueblos, y que, sin distincion de razas ni civilizaciones, impele á la humanidad, como si fuera un solo hombre, al término que Dios le ha prometido. Indudablemente, todos no aceptais voluntariamente su eminente direccion; ¡pero qué importa! eso no la priva de existir. Ella alcanza, á pesar suyo, á los hijos que la repudian, y recompensa su ingratitud con beneficios que aun en este mundo son de sorprendente eficacia. Como el Araxes mugia bajo el puente que le habian construido los cónsules romanos, así pasan las generaciones, ultrajándolo, bajo el arco tutelar de la Iglesia católica. La Iglesia tranquila y descansando en su luz y su fuerza, deja á su cólera que grite; ella bendice á los que la insultan y á los que la respetan, abriendo á todos el camino que guía por la verdad al Océano de la eternidad.

Es suerte comun de los gobiernos el no ser conocidos de una parte de aquellos que gozan los efectos de su proteccion. El padre, en su familia, no está exento de esta dura ley; el magistrado y el príncipe la sufren mas arriba, y la Iglesia, cúspide venerada de toda humana direccion, es, mas que ninguna otra, víctima del imperio que ejerce y de los bienes que derrama. Un lazo misterioso une en la tierra el sufrimiento y el poder. El alma misma soporta la inju-

ria del cuerpo que rige, y hasta en el mas profundo nudo de nuestra indivisible personalidad, la rebeldía tiene sus horas, por no decir sus edades. No significa nada, pues, el atacar al gobierno universal de la Iglesia oponiéndole la indeferencia ó rebelion de una parte del género humano; su poder, aunque negado y combatido, no deja por eso de ejercerse con una plenitud que abraza el conjunto y guía ó prepara para sus destinos á la posteridad de Adán. Luz superior á toda luz, fuerza mayor que toda fuerza, amor mas grande que todo amor, la Iglesia reúne de un modo incomparable los elementos que componen la nocion ideal del gobierno. Ella corona aquí abajo esta magnífica gerarquía de direccion y proteccion, cuyo principio reside en el alma humana, y de la cual Dios es, sin duda, el invisible y último anillo. Porque, ¿ cómo figurarse que esta ley generosa del gobierno no sube mas alta que el hombre, y que Dios se haya prohibido el ilustrar y conducir el mundo que él ha hecho? En todas partes donde hemos encontrado al fuerte con el débil, hemos visto al débil bajo la proteccion del fuerte; en todas partes donde hemos apercibido la sombra y la luz, hemos visto á la luz rodeando la sombra para disiparla; ahora bien, Dios es la soberana luz y la soberana fuerza, y el hombre ante él no es mas que un punto oscuro y débil, tanto mas digno de compasion cuanto que gravita hácia lo infinito por la voluntad misma de Dios. ¿ Se puede creer que lo abandone, despues de haberlo llamado, y que esta mano liberal y poderosa sea la única que no empuñe el cetro de un gobierno?

Escuchemos, señores, sobre esto el sentido de la humanidad. Sepamos por ella misma si se juzga gobernada por Dios, y si en esta gran cuestion de la realidad del gobierno divino va á hablarnos como la Iglesia y Jesucristo.

Su respuesta no es ni larga, ni dudosa; encerrada se halla en una sola palabra conocida por toda la tierra, porque toda la tierra la ha pronunciado: ¡ la Providencia! La Providencia, palabra admirable, nacida de dos palabras, que la conciencia universal ha escogido para expresion elocuente de su fe, *prævidere, providere*, prever y proveer. En efecto, las dos funciones principales de todo gobierno son prever las necesidades por una sabiduría que se anticipa al porvenir, y satisfacerlas por medio de un poder que domina y se sobrepone á los acontecimientos. Y la humanidad cree que esta sabiduría está en Dios, que este poder lo está tambien, y que un amor sin límites pone la una y el otro al servicio de los débiles, es decir, al servicio de todos; pero especialmente de

aquellos que conocen su debilidad, y que confesándosela á Dios en la oracion, le piden humildemente su socorro. Por esto ha orado la humanidad en todos los tiempos y lugares; no cree que hay necesidad alguna que no pueda acudir por remedio al corazon de Dios. Ella se le dirige como á la claridad que lo vé todo, á la soberanía que lo puede todo, á la bondad que quiere todo lo que puede, y si fueren necesarios milagros para satisfacer su súplica, ella los aguarda firmemente como el efecto natural de un orden que preside y domina todas las leyes. No se eleva solo en graves y singulares circunstancias su voz á Dios, como si Dios no se hubiera reservado intervenir mas que en los acontecimientos famosos que cambian el curso de las cosas y de las naciones. No, la súplica sale del corazon de los pobres, como del corazon de los reyes, tan fuerte se cree la que se levanta de una cabaña como la que sube de un palacio, cuando habla á Dios de un pedazo de pan, como de un imperio. *Este pobre ha clamado*, decia David, *este pobre ha clamado, y Dios lo ha oido; iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit eum* (1). Y aun viendo la confianza de los pequeños en el gobierno del Altísimo, se podria creer que conocen á fondo esta gran ley que engendra la proteccion de la impotencia misma, y que forma así de Dios y del oprimido las dos cosas que se tocan mas de cerca.

Yo no creo, señores, que nadie pueda negar la universalidad de la oracion, ni desmentir su consecuencia; á saber: la fe del género humano en el gobierno de Dios. Ciertamente que hay hombres que no oran; quizá hay hoy muchos mas que nunca. Desde que el cristianismo ha enseñado á los hombres la oracion con toda su pureza, esta misma pureza ha despertado repugnancias, y el corazon de un número mas crecido se ha replegado en sí mismo, lejos de todo auxilio divino. Pero esta apostasia del orgullo contra la Providencia no ha alterado el fondo de la comun esperanza, el alma humana se vuelve á Dios en sus apuros, y aquellos mismos que han aprendido razonando á no apoyarse mas que en sí mismos vuelven á aprender en la desgracia el secreto de la oracion. Lo que roban á la unanimidad de este testimonio en favor del gobierno divino en sus dias de gloria, se lo devuelven con usura en los dias de su tribulacion. Y aunque no pudiera salir de su pecho este grito de queja y de confianza, ¿ qué vale la obstinacion de unos pocos contra la natural inclinacion de los demas?

(1) Salmo 33, vers. 7.

Tal vez me digais : ¿Qué tiene que ver la fe del hombre con la realidad del gobierno divino? Señores, recordad que yo no me he presentado ante vosotros como un filósofo, sino como un cristiano. Yo no os enseño lo que he aprendido con las investigaciones de mi pensamiento, sino lo que he recibido de Jesucristo, despues de haberme demostrado, y haberos demostrado la divinidad de su obra y de su persona. Esta autoridad divina preside á toda mi enseñanza. Ella es su luz, su garantía, su poder; yo añado otra claridad mas, la de la razon. Yo sé por Jesucristo que Dios gobierna el mundo. Yo he oido á los profetas que han preparado su venida exclamar á porfia : *¡Pueblos de la tierra, adorad al señor, que las naciones se regocijen y triunfen, porque, señor, vos las gobernais con equidad, y las conducís con justicia! vuestro trono, ó Dios, está en los siglos de los siglos, y el cetro de vuestro reino es un cetro de direccion* (1). Yo he oido á Jesucristo mismo pronunciar este oráculo, mas magnífico aun por su sencillez : *No os inquieteis en vuestra vida del alimento que tomaréis, ni del vestido con que cubriréis vuestro cuerpo. ¿Acaso la vida no es mas que el alimento, ni el cuerpo mas que el vestido? Mirad á los pájaros del cielo : ellos no siembran, ellos no cogen ni meten la cosecha en los graneros, vuestro padre celestial los alimenta. Ahora bien, ¿no sois vosotros mas que ellos?... ¿Y por que os tomariais el trabajo de pensar en vuestro vestido? Mirad como crecen los lirios de los campos : ellos no trabajan ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomon con toda su gloria no estaba vestido como uno de ellos. Si Dios, pues, viste así la yerba de los campos que existe hoy, y mañana se arroja al fuego, ¿con cuánta mas razon á vosotros, hombres de poca fe? Buscad, pues en primer lugar el reino de Dios y de la justicia, y todo lo demás os será dado encima de ello* (2). Los cristianos han recibido con amor esta inefable expresion de la Providencia de Dios; ellos no necesitan mas seguridades para estar convencidos de la accion que ejerce á todas horas en favor de todos. Pero tranquilos con una palabra que jamás los ha engañado, se alegran de que la voz del género humano se una á la voz del hijo del hombre para rendir homenaje á la realidad del gobierno divino. Porque, aun separando este testimonio del testimonio profético, no es fácil que la razon de los incrédulos desconozca la razon de la humanidad. Nosotros so-

(1) Salmo 66, vers 4 y 5. — Salmo 44, vers. 7. — (2) San Mateo, cap. 6, vers. 25 y sig.

mos todos de la misma carne y del mismo espíritu; nuestros instintos, nuestros sentimientos, nuestras intuiciones, nuestras experiencias, todo esto viene del fondo del hombre, y compone una solidaridad intelectual que nadie puede romper ligeramente. Aquí, por otra parte, el pensamiento comun no es un hecho simple, una afirmacion desnuda de evidencia y razonamiento; el género humano, creyendo en el gobierno de la Providencia, cede á la claridad de una ley general, de la cual él es á la vez y en todas partes actor y testigo. Todo ser de la tierra, hasta los venenos, y excepto los malvados, nos aparece bajo la forma de una actividad bienhechora, y cnanto mas se eleva el ser, tanto mas esparce en torno suyo el perfume y la semilla de los bienes que posee. Un ser inactivo es una quimera, y una actividad que no derrama sus beneficios es un monstruo, ¿Cómo pues, el ser infinito, el ser creador, el único ser, que no pierda nada dándose; cómo Dios, una vez creado el mundo, dejaria de ser activo para nosotros, y cómo, si permanecee activo, nos dispensaria otra cosa que la luz, la fuerza y el amor, en que se resumen todos sus atributos? Pero la luz ilumina, la fuerza sostiene y combate, el amor calienta lo que ya está iluminado y une en estrecho lazo lo que ya ha sido fortalecido; pues bien; ser enseñado, sostenido, protegido, abrazado, es ser gobernado. O Dios se calla respecto de nosotros, ó nos gobierna; una cosa de las dos. Pero decir que se calla, decir que se encierra lejos de nosotros en su inaccesible esencia, espectador apénas curioso de ver nuestros esfuerzos y nuestros males, es acusarlo de ser menos útil que una gota de agua, y menos generoso que el cáliz de una flor. Ni la lluvia guarda su fecundidad, ni la flor su bálsamo.

Yo entreveo vuestro pensamiento. Dios, decís, no está jamás inactivo respecto del hombre, y á pesar de eso no lo gobierna. No está inactivo, porque lo conserva en su ser por el suyo; no lo gobierna, porque no añade nada, segun las circunstancias, á la cantidad de ser que le ha dado primitivamente. Dios es el sol único, cuyo rayo inmortal sostiene las existencias, pero sin variar su esplendor segun su debilidad, ó su fuerza; su libertad es la que gira al rededor de su astro inmóvil en una órbita diversamente fecunda en vigor ó decaimiento, en iluminacion ú oscurecimiento.

Sin duda, señores, que en esta suposicion Dios no permanecee metafísicamente inactivo respecto del hombre, pero le es estrictamente indiferente. Haz lo que puedas, vé donde quieras, tal es, en vuestra opinion, el pensamiento de Dios hácia su criatura libre, hácia esta